

vado más allá del Tiber, lo mismo que á sus descendientes, adquirir ó poseer finca alguna fuera del territorio de Veyas, de Sutrio ó de Nepesia, y además cada propiedad no había de pasar de cincuenta yugadas. Vendiéronse en Capua los bienes de todos los senadores y de todos los que habían ejercido alguna magistratura en esta ciudad, Atela ó Calacia. Mandóse llevar á Roma para ser vendidas allí, las personas de condición libre condenadas á la esclavitud. Los cuadros, las estatuas de bronce cogidas al enemigo, fueron entregados al colegio de los pontífices, que separarían los sagrados de los profanos.» Al tener los campanios noticia de estos decretos, regresaron mucho más tristes que habían venido y no acusaban tanto de rigor á Q. Fulvio como de injusticia á los dioses y de crueldad á la fortuna.

Después de despedir á los sicilianos y los campanios, ocupáronse de las levas; y cuando el ejército estuvo completo, se pensó en el reclutamiento de remeros. No pudiendo suministrar número suficiente la república y careciendo de fondos el tesoro público para el alistamiento y la paga, mandaron los cónsules que los particulares, cada cual según su rango y su renta, suministrasen, como ya se hizo en otra ocasión, cierto número de remeros, á quienes debían pagar y mantener durante treinta días. Violentos murmullos excitó este edicto, y á tal punto llegó la indignación, que solamente faltaba jefe para una sublevación inminente. «Después de haber arruinado á los sicilianos y los campanios, ocupábanse los cónsules en torturar, en dilacerar el pueblo de Roma. Extenuados por los impuestos que desde tantos años pagaban, solamente tenían el desnudo suelo de sus campos devastados. Los enemigos habían incendiado sus casas; la república les había arrebatado los esclavos empleados en el cultivo de las tierras, comprándolos á bajo precio, para alistarlos como soldados

ó como marineros. El sueldo de los remeros y las contribuciones anuales habían agotado el poco dinero economizado, y no había violencia ni autoridad que pudiese obligarles á dar lo que no tenían. Solamente faltaba que les vendiesen los bienes y actuasen contra sus personas, que era lo único que les quedaba, no habiéndoles dejado siquiera con que rescatarse de este ultraje.» Y no se limitaban solamente á murmuraciones; estas cosas se decían en voz alta en el Foro, en presencia de los cónsules rodeados de una multitud exasperada, á la que no podían calmar con la severidad ni con la dulzura. Al fin declararon al pueblo que le daban tres días para reflexionar, y ellos mismos aprovecharon esta dilación para buscar algún arreglo. El cuarto día convocaron al Senado para deliberar acerca del refuerzo de los remeros, y después de largos debates reconocieron fundadas las quejas del pueblo, pero no se dejó de decidir «que los particulares debían soportar aquella carga, justa ó no; porque no habiendo dinero en el tesoro, ¿con qué fondos iban á completar la tripulación de las naves? Y sin flota, ¿cómo conservar la Sicilia, alejar de Italia á Filipo y mantener la seguridad de las costas?»

En este apuro extremo, vacilaba la prudencia y cierto embotamiento había paralizado los ánimos. El cónsul Levino dijo entonces: «que si los magistrados están por encima del Senado y los senadores por encima del pueblo, también deben ser los primeros en experimentar las privaciones y sacrificios. ¿Queréis imponer alguna carga á vuestros inferiores? Someteos primeramente á ella y les encontraréis más dispuestos á aceptarla. Los impuestos pesan menos cuando se ven á los primeros del estado soportar una parte más gravosa de lo que permiten sus medios. Si, pues, queremos que el pueblo equiepe y mantenga flotas, y que los particulares

no vacilen en suministrar remeros, comencemos por nosotros. Oro, plata, moneda de cobre, desde mañana traigámoslo todo al tesoro público; ¡oh senadores!, no conservando más que los anillos para nosotros, nuestras mujeres y nuestros hijos, la *bula* (1) para los menores y una onza de oro para aquellos de nosotros que tienen esposa é hijas; los que han ocupado silla curul conservarán los arneses de sus caballos y el dinero necesario para adquirir el salero y la copa consagrada á los usos religiosos; los demás senadores solamente conservarán una libra de plata y cada padré de familia cinco mil ases de cobre acuñado. Pongamos inmediatamente en manos de los triunviros del tesoro todo lo que nos quede de oro, plata y moneda de cobre, y esto sin esperar ningún senatus-consulto, con objeto de que esta contribución voluntaria y esta rivalidad de abnegación por la república hiera primeramente el honor de los caballeros y después á todos los demás ciudadanos. Después de larga conferencia, este es el único medio que hemos encontrado mi colega y yo. Apresuraos á aceptarlo con la protección de los dioses. La salvación del estado asegura á cada particular la conservación de sus bienes; si la república queda abandonada, en vano habréis guardado lo que tenéis.» Por unanimidad se adoptó el consejo y se dió un voto de gracias á los cónsules. Al salir del Senado, cada uno corrió á porfía á llevar al tesoro público su oro, su plata, su moneda de cobre; luchaban por que se inscribiese el primero su nombre en los registros, y tal era la emulación, que no bastaban los triunviros para recibirlo que les daban, ni los escribientes para anotarlos. Los caballeros imitaron el apresuramiento de los senadores y el

(1) Anillo en forma de corazón que los nobles romanos ponían al cuello de sus hijos hasta la edad de catorce años.

pueblo el de los caballeros; y de esta manera, sin edictos, sin medios coercitivos, no careció la república ni de remeros, ni de dinero para pagarlos; y cuando todo estuvo preparado para la guerra, marcharon los cónsules á sus provincias.

Nunca, desde el principio de la guerra, cuyas diversas alternativas habían estado equilibradas, cartagineses y romanos vacilaron más entre la esperanza y el temor. Los romanos se habían desquitado de los reveses de España con la alegría que les causaban los triunfos en Sicilia; y si, en Italia, la pérdida de Tarento les había afectado dolorosamente, la conservación contra toda esperanza de la fortaleza de aquella ciudad y de la guarnición fueron para ellos motivo de regocijo. Al terror, á la consternación producida por el sitio y ataque de Roma, sucedió en pocos días la alegría de la rendición de Capua. Las mismas alternativas habían experimentado los asuntos del otro lado del mar en el momento en que Filipo, con tan poca oportunidad, se declaró enemigo suyo: los romanos habían ajustado alianza con los etolios y con Atalo, rey de Asia, y parecía que la fortuna les prometía ya el imperio de Oriente. En cuanto á los cartagineses, la pérdida de Capua quedaba compensada con la toma de Tarento; y si les parecía glorioso haber llegado sin obstáculo hasta las murallas de Roma, no dejaba de ser triste para ellos haber fracasado en la empresa, ni humillante haberse visto despreciados hasta el punto de que, mientras acampaban delante de una de sus puertas, los romanos habían hecho salir por otra sus tropas que enviaban á España. En esta provincia misma, cuando más cerca habían estado los africanos de terminar la guerra en favor suyo y de arrojar por completo á los romanos después de la muerte de dos grandes capitanes y de la derrota de sus huestes, más les indignaba ver á L. Marcio, jefe

elegido apresuradamente, arrebatáranles el honor y el provecho de la victoria. Así, pues, la fortuna mantenía igual la balanza entre las dos naciones; todo estaba en suspenso y la esperanza y el temor luchaban como si la guerra comenzase entonces.

Lo que principalmente inquietaba á Aníbal era ver que Capua, sitiada por los romanos con más vigor que había empleado él en defenderla, enfrió muchos pueblos de Italia. De una parte, no podía sujetarlos á todos con guarniciones, á menos de dividir y subdividir su ejército, cosa que entonces le hubiese sido muy perjudicial; de otra, retirar sus tropas, era abandonar sus aliados á todos los efectos del temor y la esperanza. Igualmente avaro y cruel, tomó el partido de saquear las plazas que no podía defender, con objeto de no dejar al enemigo más que ruinas, determinación cuyo resultado no fué menos funesto que odioso el principio que la dictaba, porque estos indignos procedimientos le enajenaron, no solamente á los que eran víctimas de ellos, sino en mayor número á los amenazados por aquel ejemplo. Por su parte el cónsul romano no perdía ocasión de hacer volver á la fidelidad á las ciudades de Italia. Los dos ciudadanos principales de Salapia eran Dasio y Blacio: el primero estaba por Aníbal, y el segundo, que favorecía, en cuanto podía hacerlo sin comprometerse, el partido de los romanos, había hecho prometer á Marcelo, por medio de confidentes, que le entregaría la ciudad; pero el proyecto era de todo punto irrealizable sin el concurso de Dasio. Después de vacilar por mucho tiempo, y más bien á la desesperada que con esperanza de éxito, habló á Dasio; pero éste, cuyos intereses eran completamente opuestos, celoso además de su rival en influencia, advirtió á Aníbal lo que se tramaba. El general les llamó á los dos, y mientras sentado en su tribunal despachaba algunos negocios antes de interro-

gar á Blacio, el acusado aprovechó la circunstancia de haberles separado de la multitud para solicitar de nuevo al acusador. Creyendo Dasio dar una prueba irrecusable, exclamó: «que ante los mismos ojos de Aníbal, le hablaban de traición.» Cuanto más audaz era la tentativa, menos la creyeron Aníbal y los que le acompañaban. «La envidia y el odio habían dictado sin duda una acusación tanto más fácil de suponer, cuanto que semejante proposición no admitía testigos.» Por esta razón fueron despedidos los dos, no dejando de persistir Blacio en su atrevida empresa; y á fuerza de hablar á Dasio y hacerle ver cuán ventajosa sería la ejecución del proyecto para ellos y para la ciudad, le decidió al fin á entregar á Marcelo Salapia con la guarnición africana, compuesta de quinientos númidas. Mucha sangre costó, porque aquellos númidas eran la flor de la caballería cartaginesa. Así fué que, á pesar de cogerles de improviso, y en la imposibilidad de utilizar sus caballos en la ciudad, cogieron las armas al primer rumor y trataron de abrirse paso; pero no pudiendo conseguirlo, combatieron como desesperados y se hicieron matar casi todos, quedando apenas cincuenta de ellos vivos en poder de los romanos. La pérdida de aquel cuerpo fué más sensible para Aníbal que la de Salapia; y desde aquella época no tuvo ya en la caballería la superioridad que hasta entonces le había dado tanta ventaja.

Entretanto, el hambre estrechaba más y más la fortaleza de Tarento, y la guarnición romana que la defendía á las órdenes de M. Livio, no tenía otros recursos que los víveres que le enviaban desde Sicilia. Para hacerles pasar á lo largo de las costas de Italia, estacionaba delante de Regio una flota de cerca de veinte navés. El mando de esta flota, encargada de los convoyes, lo tenía Q. Quincio, hombre de obscuro nacimiento, pero al que habían dado gran fama militar muchas y bri-

llantes hazañas. Primeramente no tuvo más que cinco naves, de las que las dos mayores eran trirremes que Marcelo le había confiado; su celo y actividad hicieron que le diesen en seguida tres quinquerremes más. Ultimamente él mismo exigió de los habitantes de Regio, de Velia y de Pesto las naves que los aliados debían suministrar según los términos del tratado; formándose, como ya se ha dicho, una flota de veinte naves. Partiendo de Regio con estas fuerzas, encontró á Democrato al frente de la flota de los tarentinos, compuesta de igual número de naves, á unas quince millas de Tarento y cerca de Sacriporto. Los romanos, que no esperaban el combate, navegaban á toda vela; pero habiéndose provisto de remeros cerca de Crotona y Síbaris, su ejército naval y tripulaciones se encontraban proporcionados á la magnitud de sus naves. En el momento mismo en que vieron al enemigo, cayó el viento, lo que les dió el tiempo necesario para preparar sus velas, jarcias y disponer los remeros y soldados para el combate que iba á trabarse. Rara vez chocaron dos flotas iguales con tanto furor; porque el interés que les animaba en la pelea era mucho mayor que su respectiva fuerza. Orgullosos los tarentinos con haber sacudido el yugo romano después de haberlo soportado cien años, esperaban libertar también la fortaleza y cortar los víveres á sus enemigos, si la derrota les hacía perder el dominio del mar. Permaneciendo los romanos dueños de la ciudadela, tenían empeño en demostrar que debía atribuirse la pérdida de Tarento, no al valor y la fuerza, sino á la traición y la astucia. Así, pues, dada la señal, las dos flotas se arremetieron, sin que ninguna nave tratase de evita rel choque de la contraria; arpones de hierro aferraban las naves; los combatientes estaban bastante cerca para usar los venablos y las espadas y pelear cuerpo á cuerpo; las proas quedaban clavadas

unas en otras y las popas cedían al impulso de los remos de la nave enemiga. Las galeras estaban encerradas en tan estrecho espacio, que apenas caía un venablo á la mar sin haber herido el blanco: cada bando combatía de frente, como en tierra, y los soldados pasaban á pie llano de una nave á otra. Pero la lucha más notable fué la de las galeras, que encontrándose á la cabeza de la línea, se atacaron las primeras. Montaba Quincio la galera romana, y la tarentina Nicón, apellidado Percón, encarnizado enemigo de los romanos, que le odiaban doblemente como enemigo público y particular, porque pertenecía al partido que había entregado Tarento á los cartagineses. Mientras que Quincio animaba á los suyos con sus palabras y ejemplo, Nicón le atravesó de un lanzazo, derribándole armado sobre la proa. El vencedor se precipitó en seguida sobre su nave, donde la muerte del jefe había producido espanto; rechaza á sus enemigos, apodérase de la proa, y amontonados los romanos, apenas pueden defender la popa, cuando aparece de pronto otra trirreme. Envuelta por todos lados la galera de Quincio, cae en poder de los tarentinos, y el terror se difunde por la flota al ver la captura de la nave pretoriana. Las galeras huyen en desorden: unas son sumergidas, otras ganan la orilla á fuerza de remos para ser presa de los habitantes de Thurio y Metaponto. En cuanto á las naves de transporte, que seguían con víveres, pocas fueron capturadas, pudiendo las demás ganar la alta mar después de luchar algún tiempo con vientos inciertos. No fué tan afortunado el enemigo en Tarento. Cuatro mil hombres salidos de la ciudad para aprovisionarse de trigo, vagaban en desorden por los campos. Livio, jefe de la fortaleza y de la guarnición romana, atento á aprovechar todas las ocasiones favorables, envió contra ellos á Persio, varón animoso en extremo, al frente de

dos mil soldados. Este sorprendió á los tarentinos des-
parramados en medio de los campos, les destrozó y
obligó á los pocos que escaparon á volver á la ciudad,
cuyas puertas estaban entreabiertas, por temor de que
la tomasen en el mismo ataque. Así quedó todo en per-
fecto equilibrio; los romanos acababan de tener una
ventaja en tierra, como los tarentinos la habían obteni-
do en el mar; desvaneciéndose en seguida la esperanza
de conseguir víveres, que animaba á cada partido.

Por este tiempo, el cónsul Levino, que había enviado
á diferentes expediciones gran parte de su ejército,
llegó á Sicilia, donde le esperaban los antiguos y nuevos
aliados. Su primer cuidado, el que consideró más im-
portante, fué arreglar los asuntos de Siracusa que re-
ciente paz no había permitido consolidar aún. En se-
guida llevó las legiones contra Agrigento, último
foco de la guerra y donde los cartagineses tenían fuerte
guarnición. La fortuna favoreció esta empresa. Hannón
mandaba los cartagineses; pero toda su fuerza consistía
en Mutino y sus númidas, quienes recorriendo la Si-
cilia, saqueaban á los aliados de los romanos, sin que
la fuerza ó la astucia pudiese cerrarles la entrada ó sa-
lida de Agrigento. Su gloria, que enturbiaba ya la del
general, excitó al fin la envidia de éste, quien deplor-
ando hasta los triunfos, á causa del hombre á quien
los debía Cartago, concluyó por quitarle el mando para
dárselo á su hijo, creyendo que la influencia de Mutino
sobre los númidas concluiría con su autoridad. El re-
sultado no correspondió á su esperanza; la envidia de
Hannón aumentó el favor de Mutino, quien indignado
con aquel proceder, envió en seguida emisarios secre-
tos á Levino para tratar de la rendición de Agrigento.
En cuanto quedaron convenidas las condiciones y con-
certadas las medidas que habían de tomarse, los númi-
das se apoderaron de la puerta que daba al mar, y des-

pués de arrojar ó matar á los guardas, introdujeron á
los romanos, que habían destacado con este objeto.
Estas tropas habían llegado ya al centro de la ciudad,
marchando hacia el Foro en medio de considerable tu-
multo, cuando Hannón, que no veía en aquel movi-
miento otra cosa que una de las revueltas ordinaria-
de los númidas, avanzó para reprimirles; pero viendo
desde lejos multitud más numerosa que la de los nú-
midas, y oyendo el grito de los romanos, que no le era
desconocido, no esperó á ponerse á su alcance y em-
prendió la fuga. Haciendo que le siguiese Epicides,
salió por la puerta opuesta, llegando con débil escolta á
la orilla del mar, donde con mucha oportunidad encon-
tró una barca, y abandonando á los romanos la Sicilia,
que los cartagineses les disputaban desde tantos años,
volvió al África. Los cartagineses que quedaban y los
sicilianos, sin tratar de defenderse, se precipitaron
como ciegos hacia las puertas para escapar, pero las
encontraron cerradas y fueron destrozados. Dueño de
Agrigento, Levino mandó azotar y decapitar á los ciu-
dadanos principales, vendió el resto de los habitantes
con el botín y envió á Roma todo el producto. El ruido
de la toma de Agrigento, extendiéndose por la Sicilia,
dió que todos los ánimos se inclinasen á los romanos.
En poco tiempo les entregaron veinte ciudades por
traición, tomaron seis por fuerza y cerca de cuarenta se
rindieron voluntariamente. El cónsul, después de casti-
gar ó recompensar, según que lo habían merecido, á los
varones más importantes de aquellas ciudades, obligó
á los sicilianos á deponer las armas y á dedicar por
completo su atención á la agricultura, porque quería
que la isla bastase, no solamente para mantener á sus
habitantes, sino que fuese el recurso de Roma y de Ita-
lia en tiempos de escasez, como lo había sido ya en
muchas circunstancias. En seguida llevó con él de

Agathyrna á Italia cuatro mil hombres, confuso montón de desterrados, aventureros cargados de deudas y la mayor parte cubiertos de crímenes dignos del suplicio, los que habían vivido de rapiñas y bandolerismo, tanto en su patria y bajo las leyes ordinarias, como después en Agathyrna, donde identidad de destino y diferentes causas les reunieron. Levino creyó imprudente dejar aquellos bandidos en Sicilia, donde impedirían que se consolidase la paz, dando pábulo á novedades, además de que una tropa acostumbrada al pillaje podía ser útil á los habitantes de Regio para talar las tierras de los brucios. La guerra de Sicilia quedó completamente terminada este año. *duobus annis robur im y soldisq sunt*

En España, al comenzar la primavera, P. Escipión sacó su flota al mar, mandó á los aliados auxiliares que fuesen á Tarragona, y desde allí hizo avanzar sus naves de guerra y transporte hasta la desembocadura del Ebro, adonde tenían orden de acudir las legiones al salir de sus cuarteles de invierno; partiendo él mismo de Tarragona con cinco mil aliados para reunirse con el ejército. A su llegada creyó conveniente arengar á veteranos que habían sobrevivido á tantas derrotas, y habiéndoles reunido les habló en estos términos: «Jamás antes de mí ningún general nuevo pudo dar tan justas y legítimas gracias á sus soldados antes de haber puesto á prueba su celo. En cuanto á mí, sin haber visto la provincia ni el campamento, la fortuna me había unido ya con vosotros, en primer lugar por el afecto que mostrasteis á mi padre y á mi tío en vida y después de su muerte; después, por vuestro valor, que ha sabido conservar entero al pueblo romano, y á mí, que sucedo á los Escipiones, una provincia que nos había sido arrebatada en tan gran desastre. Pero ya que, con el favor de los dioses, nos disponemos, no á permanecer solamente en España, sino á

expulsar á los cartagineses; puesto que no se trata solamente de guardar las orillas del Ebro, y de cerrar el paso á los enemigos, sino de cruzar nosotros el río y de llevar la guerra á la otra orilla, temo que el recuerdo de nuestras recientes derrotas ó mi corta edad hagan considerar este proyecto como demasiado peligroso ó atrevido. Nuestros reveses en España no pueden afectar á nadie más profundamente que á mí; porque mi padre y mi tío han muerto aquí en espacio de treinta días, para que mi familia viese acumularse de esta manera desgracia sobre desgracia. Pero si mi ánimo se contrista cuando me veo casi huérfano y solitario, la fortuna pública y mi valor me prohíben desesperar del Estado. El destino ha señalado de esta manera nuestra fortuna en todas las guerras importantes: vencidos, al principio, hemos quedado al fin vencedores. No hablo de los ejemplos antiguos, de Porsena, de los galos, de los samnitas; comenzaré por las guerras púnicas. ¡Cuántas flotas, cuántos generales, cuántos ejércitos perdimos en la primera! ¿Qué diré de esta? Pues bien: todas estas derrotas, á que he asistido personalmente ó ausente, nadie las ha deplorado más vivamente que yo. Trevia, Trasimeno, Cannas, monumentos son de la destrucción de nuestros ejércitos y de la muerte de los cónsules romanos. Añadid á estas desgracias la sublevación de Italia, de la Sicilia y de casi toda la Cerdeña. Añadid también, para colmo de espanto y de terror, á los cartagineses acampados ente el Anio y las murallas de Roma y presentándose casi en sus puertas Aníbal como vencedor. Enhiesto, en medio de esta ruina general, el valor romano ha permanecido invencible é inquebrantable; él solo ha recuperado el suelo y reconstruido todos estos restos. Vosotros, soldados, fuisteis los primeros, después de la derrota de Cannas, cuando Asdrúbal, avanzando hacia los Alpes é Italia, amenazando

por medio de la unión con su hermano destruir para siempre el nombre romano; vosotros, bajo la dirección y auspicios de mi padre, le detuvisteis; y este triunfo nos sostuvo en nuestras desgracias. Ahora la bondad de los dioses ha querido que nuestros asuntos sean prósperos y dichosos, tomando aspecto más favorable diariamente en Italia y en Sicilia. En Sicilia, Siracusa y Agrigento han caído en nuestro poder; el enemigo ha sido arrojado de toda la isla, y la provincia ha vuelto al dominio del pueblo romano. En Italia hemos reconquistado Arpi y subyugado á Capua: Aníbal, sin suspender ni un solo momento su carrera ni sus terrores, ha huido desde el pie de nuestras murallas hasta el extremo del Brucio, y solamente pide á los dioses poder salir y alejarse sano y salvo de la tierra enemiga. Y ahora bien, soldados: vosotros que á pesar de esta continua serie de desastres y cuando los mismos dioses se declaraban, por decirlo así, en favor del partido de Aníbal; vosotros que bajo el mando de mis padres (á los dos les doy el mismo nombre) habéis sostenido la fortuna vacilante del pueblo romano; vosotros, cuyo valor es inquebrantable, ¿podrías flaquear ahora que nuestras armas son victoriosas? ¡Plugiuese al cielo que los últimos acontecimientos de España no me hubiesen sido más funestos que á vosotros! Hoy los dioses inmortales, protectores del imperio romano, que han inspirado á todas las centurias la idea de conferirme el mando; esos dioses, por augurios, por presagios y por dichosos sueños, solamente me anuncian felicidad y triunfos. Secreto presentimiento hasta hoy, este ha sido para mí el oráculo más cierto, me advirtió que la España es nuestra ya, y que los cartagineses, expulsados de esta comarca, van á llenar la tierra y el mar con su vergonzosa fuga. Estos presagios involuntarios quedan confirmados por la infalible razón. Los aliados de nuestros ene-

migos, maltratados por ellos, imploran nuestro apoyo por medio de legados. Sus tres generales, discordes en opiniones y cerca de abandonarse recíprocamente, han dividido sus tropas en tres cuerpos y las han llevado á comarcas muy alejadas unas de otras. La adversa fortuna que nos agobiaba en otro tiempo, pesa ahora sobre ellos; sus aliados les abandonan como antes nos abandonaron los celtíberos, y han dividido sus fuerzas cometiendo la misma falta que perdió á mi padre y á mi tío. Sus discordias intestinas no les permitirán reunirse, y separados no pueden resistirnos. Solamente os pido, soldados, que recibáis favorablemente el nombre de los Escipiones, al hijo de vuestros generales, á la rama que se levanta del tronco derribado. Adelante, veteranos, llevad al otro lado del Ebro á este ejército nuevo y á vuestro nuevo jefe; guiadles á esas comarcas que fueron con tanta frecuencia campo de vuestras gloriosas hazañas. Yo haré muy pronto de manera que si reconocéis en mi semejanza de cuerpo y rostro con mi padre y mi tío, encontraréis también fiel imagen de su genio, de su abnegación y de su valor y que cada uno de vosotros crea ver revivir á Escipión en mí, para mandaros de nuevo.»

Inflamado el valor de los soldados con este discurso, deja á M. Silano con tres mil infantes y trescientos caballos para guardar aquella comarca, y pasa el Ebro con el resto de las tropas, que se elevaban á veinticinco mil hombres de infantería y dos mil quinientos caballos. Como los enemigos estaban divididos en tres cuerpos separados unos de otros, aconsejábanle atacar el más inmediato; pero temiendo que el peligro les reuniese y que le ocurriera á él mismo no poder resistir solo á tantos ejércitos, decidió atacar primeramente á Cartagena, ciudad rica y fuerte por sus propios recursos, y que además era el arsenal en que el enemigo había en-

cerrado todas sus provisiones de guerra, sus armas, su dinero y los rehenes de toda España. La posición era muy ventajosa para pasar á Africa; y el puerto, bastante grande para albergar las flotas más numerosas, es quizá el único que tiene España en toda la extensión de costas que baña nuestro mar. Solamente Clodio conocía el secreto de la empresa. Escipión le mandó dar largo rodeo con la flota y calcular la marcha para no entrar en el puerto hasta el momento en que el ejército se presentase por tierra. Siete días emplearon para llegar desde el Ebro á Cartagena por tierra y por mar. Acamparon al Norte de la plaza; aseguróse la espalda del campamento con fuertes parapetos; encontrándose defendido el frente por la naturaleza misma del terreno. Cartagena está situada de esta manera. Casi en el centro de la costa de España hay un golfo opuesto muy especialmente al viento de Africa; este golfo penetra en tierra en extensión de cerca de quinientos pasos y con anchura algo más considerable. A la entrada, un islote que lo separa de la alta mar forma un puerto abrigado de todos los vientos, exceptuando el de Africa. Del fondo resalta una península que se eleva en forma de eminencia y en ella está construída la ciudad rodeada de mar al Oriente y al Mediodía. Al Poniente la cierra una laguna cuyas aguas se extienden algo hacia el septentrión, siendo varia su profundidad, según que está cerca ó lejos del mar. Una calzada de cerca de doscientos cincuenta pasos une la ciudad con el continente. Aunque hubiese costado poco trabajo poner en estado de defensa tan pequeño espacio, el general romano no hizo construir fortificaciones; bien para amedrentar al enemigo con su audaz confianza, bien para conservar retirada más libre en sus frecuentes ataques. Cuando hubo fortificado todas las partes del campamento que lo necesitaban, alineó sus naves en el puerto

como para anunciar un sitio por el lado del mar; é inspeccionando él mismo la flota, recomendó á los capitanes que vigilasen mucho durante la noche; diciéndoles que siempre al principio del sitio es cuando los sitiados hacen los esfuerzos mayores. De regreso á su campamento, queriendo exponer á los soldados los motivos que le impulsaban á comenzar la campaña con aquel sitio, é inspirarles confianza en el éxito, les reunió y habló así: «Soldados, si alguno creyese que os he traído aquí solamente para apoderarme de una ciudad, calcularía con más exactitud vuestros trabajos que el beneficio. Vosotros no sitiareis en realidad más que las murallas de una sola ciudad, pero en esta ciudad os apoderaréis de toda España. Aquí se encuentran los rehenes de los reyes y pueblos más importantes; en cuanto estén en vuestro poder, os apoderaréis de un solo golpe de todo lo que ahora está en manos de los cartagineses. Ahí está el tesoro de nuestros enemigos; sin ese dinero no pueden hacer la guerra, puesto que mantienen tropas mercenarias; con ese dinero tendremos un medio seguro para ganar el ánimo de los bárbaros. Ahí se encuentran las máquinas de guerra, las armas, los aprestos y todo lo necesario para los combates: esta captura, llevando nuestros almacenes, vaciará los del enemigo. Además, seremos dueños de una ciudad tan notable por su belleza y opulencia, como cómoda por su excelente puerto, que nos procurará, según las necesidades de la guerra, todos los recursos terrestres y marítimos. Estas ventajas, tan importantes para nosotros, serán para nuestros enemigos otras tantas pérdidas más importantes aún. Aquí tienen su baluarte, su granero, su tesoro, su arsenal y el depósito de todos sus recursos. Desde este puerto se va derechamente al Africa; y es el único punto abordable entre los Pirineos y Cádiz; desde aquí amenaza el Africa á toda España. Pero ya

os veo dispuestos á marchar y combatir; marchemos, pues, con valor y confianza al sitio de Cartagena. «Marchemos, exclamaron á una voz los soldados. Escipión les llevó contra la ciudad y la sitió en seguida por tierra y por mar.

Por su parte, Magón, general de los cartagineses, viendo prepararse á los romanos para aquel doble ataque, dispuso sus tropas de la manera siguiente: opuso dos mil habitantes al campamento enemigo, guarneciéndolo con quinientos hombres la fortaleza, colocó otros quinientos en una altura hacia el Oriente, y mantuvo en reserva el resto de sus fuerzas, con orden de estar dispuestas para acudir al primer grito, á la primera alarma. En seguida mandó abrir una puerta y salir las tropas que había preparado por el camino que conducía al campamento. Los romanos, por orden del general, retrocedieron algo, con objeto de poder recibir mejores socorros en el mismo combate. Primeramente sostuvieron sin desventaja el choque del enemigo; y muy pronto, á medida que llegaban socorros del campamento, no solamente rechazan á los sitiados, que huyen en desorden, sino que les persiguen tan de cerca, que si no hubiesen tocado retirada, hubieran entrado en la ciudad con los fugitivos. No fué menor la alarma en la plaza que lo había sido durante el combate; el temor y la fuga hicieron abandonar muchos puntos, quedando las murallas sin defensores, porque cada uno se precipitaba por el camino más corto. Observando Escipión desde lo alto del monte Mercurio que estaban desiertas en muchos puntos las murallas, hace salir del campamento todas sus tropas para marchar al asalto y les manda llevar escalas. Él mismo, cubierto bajo los escudos que tres soldados jóvenes y vigorosos llevan delante de él (porque desde lo alto de las murallas caía ya una granizada de toda clase de armas arrojadas), avanza hacia

la ciudad, anima á los suyos, da las órdenes necesarias y lo que era más á propósito para enardecer el valor del soldado, se detiene para ser testigo del valor ó de la cobardía de cada uno. Así fué que todos se lanzaron á pesar de las heridas y venablos, y ni la altura de las murallas, ni los sitiados que las defienden aún, pueden impedir que las escalen á porfía. Al mismo tiempo atacan las naves la parte de la ciudad bañada por el mar; pero por este lado había más tumulto que éxito. Mientras que abordan, mientras que desembarcan las escalas y las tropas y quieren tomar tierra apresuradamente, la precipitación, el apresuramiento mismo hace que se estorben unos á otros.

Entretanto las murallas se habían cubierto de combatientes y granizada de dardos caía sin cesar sobre los romanos. Pero ni combatientes, ni venablos, ni ninguna otra defensa protegía las murallas tanto como se protegían ellas mismas; pocas escalas alcanzaban á su elevación, y cuanto más altas eran, quedaban más débiles. Resultaba de esto que los que se encontraban en el último escalón no podían alcanzar á lo alto mientras los demás continuaban subiendo. Hasta las escalas más fuertes se rompían con el peso, y aturdidos los soldados con la profundidad del precipicio, se dejaban caer; los sitiadores y las escalas rodaban por todas partes, y el enemigo, al ver aquel resultado, redobla su audacia y energía. Escipión mandó al fin tocar retirada. Los sitiados se lisonjearon entonces, no solamente de descansar después de combate tan encarnizado y de tan rudas fatigas, sino que se persuadieron de que la plaza no podía ser tomada por escalamiento, ni por asalto general, y que las dificultades de su sitio regularía á sus generales tiempo para acudir á socorrerlos. En cuanto cesó el primer tumulto, Escipión hizo relevar los soldados cansados y heridos por tropas